ble precisión, acaba de sugerirle la idea de inventar un instrumento icnográfico y ortográfico para levantar los planos y determinar el nivel de los cementerios. Una Memoria, de la que damos más adelante lo esencial, y que es como el preliminar obligado de la explicación de su ingenioso aparato, demostrará por qué serie de razonamientos ha conseguido apreciar, en cuanto ha sido posible, la extensión de las catacumbas.

Entre los hombres que en estos últimos tiempos han merecido bien de la arqueología de las catacumbas romanas, injusto sería olvidar á M. Luis Perret. El mérito de su excelente y preciosa obra es sobre todo artístico; el autor se prohibe á sí mismo toda pretensión en la ciencia propiamente dicha, y el texto de la obra, que con las tablas, ocupa todo el sexto volumen, no es más que una corta y á veces insuficiente explicación de las láminas. Al conceder á los preciosos dibujos de M. Saviniano Petit gran participación en el mérito y buena acogida de este libro, debemos agradecer á M. Perret haber, por su sola iniciativa, dotado á Francia de una publicación en la que por primera vez se ha intentado reproducir fielmente esos descuidados y toscos bocetos, pero llenos de estilo y de vida, que constituyen los primeros ensayos de la pintura cristiana. Pero los magníficos dibujos, de los cuales cierto número facilita el conocimiento de monumentos inéditos y muy interesantes bajo el doble punto de vista del arte y de la arqueología, no son el único mérito de este libro; el tomo v contiene una colección de 430 inscripciones cristianas romanas, reproducidas según fieles calcos, y que no ha perdido su importancia sino después de la aparición de la incomparable colección del caballero De'Rossi, de cuyo primer volumen ya hemos hablado (véase el artículo *Inscripciones*). Para apreciar la estimación que merece la colección publicada por nuestro compatriota, basta saber que esta parte de la obra ha sido confiada á M. León Renier, del Instituto. La explicación de las piedras grabadas ofrece también las mejores garantías, p uesto que se debe á M. Edmond Le Blant, cuya colaboración, prolongándose, pudo dar tanto valor á la obra.

III. ¿Son las catacumbas obra exclusiva de los cristianos?—Esta cuestion ha sido, en el siglo último, objeto de larga polémica. Sabios eminentes, en cuyo número deben contarse los primeros exploradores de la Roma subterránea, han asegurado, apoyándose en textos muy sospechosos, que las catacumbas fueron en un principio excavaciones practicadas por los paganos con objeto de extraer de ellas arena y otros materiales necesarios para las construcciones de la ciudad. Según esta opinión, que fué después aceptada sin desconfianza y que ha llegado hasta nuestros días, los cristianos no habían hecho más que apropiarse estas minas de arena y estos corredores, para sepultar allí sus muertos y celebrar sus asambleas durante las persecuciones. Esta teoría se encuentra hoy abandonada, se ha desvanecido ante más atento y más científico examen, cuya iniciativa y principal honor corresponden al célebre P. Marchi.

El sabio jesuíta expone su sistema en el prólogo de su obra, y lo formula del siguiente modo: Sólo los cristianos han abierto las catacumbas, con la premeditada idea de sepultar en ellas sus muertos y de celebrar su culto en ciertos lugares más espaciosos y dispuestos al efecto.

Esta verdad se establece por dos argumentos de hecho, fundado el uno en la naturaleza del terreno, y el otro en las formas arquitectónicas de la obra.

1.º El suelo primitivo de Roma y de sus cercanías está cubierto, hasta una considerable profundidad, de rocas, ya volcánicas, procedentes de las erupciones que desolaron estas comarcas en remotos tiempos, ya marítimas, depositadas por las olas del mar, ya fluviales, producidas por las corrientes de los ríos. Algunos cementerios cristianos aun se encuentran sobre yacimientos de estas dos clases; el de San Ponciano, en el Monte Verde, y los que llevan los nombres de San Julio y de San Valentín, sobre la colina que costea la Vía Flaminiana, entre el Tíber y la antigua Vía Salaria. Luego no hay ninguna probabilidad de que los paganos hayan explotado estas especies de rocas, atendiendo á que la materia de que se componen es poco apropiada para las construcciones, no ofreciendo ningún atractivo al lucro de segura utilidad.

Por lo que respecta á las rocas volcánicas, se dividen en tres clases, según las tres condiciones en que se encuentra la puzolana térrea, materia arrojada por los volcanes, y la cual, aunque bajo distintos modos de composición, es la base común de las tres especies de rocas de que se trata, las que, por esta causa, se distinguen entre sí con tres nombres diferentes. Se llama *puzolana pura* la que se encuentra en las rocas en estado de arena, separada de toda sustancia extraña propia para tener con ella mezcladas sus moléculas. Cuando, por el contrario, se halla ligeramente mezclada con una especie de cemento natural que le da mediana solidez, y con la apariencia de una piedra, entonces toma esta composición el nombre de *toba granular*. Por último, se denominan estas rocas *toba litoidea*, cuando la puzolana se encuentra impregnada de tenaz cemento, hasta el extremo de formar sólidas masas propias para la construcción de murallas.

Los paganos no explotaban más que las primeras y las terceras; las primeras por contener materiales para cimientos; las otras para sacar de ellas morrillos. Los cristianos, por el contrario, despreciaron siempre unas y otras;

las rocas de *puzolana pura*, vista la falta de adherencia de sus elementos, que las hacía impropias para el uso á que ellos destinaban sus subterráneos; y las de *toba litoidea*, porque en razón de su excesiva dureza, exigían largo y penoso trabajo. Así dieron exclusiva preferencia á las rocas de *toba granular*. Porque, además de la facilidad que ofrecían para abrir en ellas grutas, la acción del aire que penetraba por las aberturas les daba, al poco tiempo, tal solidez, que han podido soportar, no sólo las bóvedas de los corredores y de los *loculi*, aislados unos de otros y superpuestos, á veces hasta el número de trece, sino aun esas especies de consolas sobre las que se colocaban, ora ladrillos, ora tableros de mármol, para encerrar los cadáveres, de modo que el olor resultante de su putrefacción no pudiese salir al exterior, inconveniente que también se evitaba envolviendo el cuerpo en una capa de cal (véase el artículo *Cal*. (*Su empleo en las sepulturas cristianas.*)

Debemos decir, sin embargo, que esta última clase de sepultura no se empleaba sino en caso de necesidad. En las ocasiones en que el tiempo y los recursos pecuniarios de los fieles lo permitían, se embalsamaban los cuerpos con sustancias aromáticas, que tienen en alto grado, como todos saben, la propiedad de impedir la putrefacción. Entre otros numerosos testimonios, preferimos citar el de Tertuliano (*Apologet.*, xlii): «Nosotros no compramos incienso; si la Arabia se queja de ello, que los Sabeos sepan que los cristianos consumen sus perfumes con más profusión y mayor gasto para sepultar sus muertos que para ahumar vuestros dioses.» El uso de la mirra, en esta costumbre, era sobre todo frecuente al final del imperio, como lo asegura el poeta Prudencio:

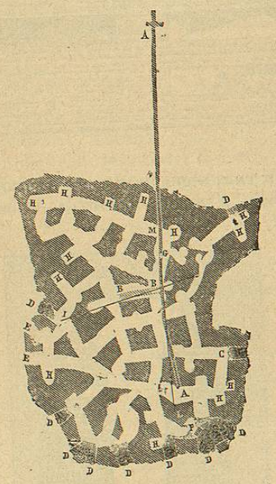
> Prætendere lintea mos est,
> Adspersaque myrrha Sabæo
> Corpus medicamine servat.
>
> (*Cathemer*, hymn. x, vers. 50-52.)

(Véase el artículo *Sepulturas*). M. Michel De'Rossi ha desarrollado y completado el sistema del P. Marchi en una sabia disertación que sirve de apéndice al primer volumen de la *Roma sotterranea cristiana*, y de la que damos un resumen tan completo como ha sido posible, un poco más abajo, en el núm. viii.

2.º La forma arquitectónica de las catacumbas prueba hasta la evidencia que no fueron excavadas sino por los cristianos y para el uso especial á que ellos las destinaban. Siendo en todas partes igual esta forma, se confirma que un solo pensamiento dirigió la mano de los fieles, es decir, procurarse estrechas galerías en cuyas paredes pudiesen cavar varias hileras de tumbas, y abrir, de trecho en trecho, cámaras más ó menos espaciosas, bien redondas, bien octógonas, ó en forma de extenso cuadrado, para servir de asilo á los creyentes que venían á escuchar la palabra de salvación y asistir á los divinos misterios. Este carácter arquitectónico es tan propio de las catacumbas, que no da lugar á confundirlas ni con las *arenariæ* ni con las latomias, únicos dos géneros de excavaciones antiguas á que se dedicaron los paganos, con objeto de extraer de las primeras la *puzolana pura*, y de las segundas la *toba litoidea*, esto es, la piedra de construcción.

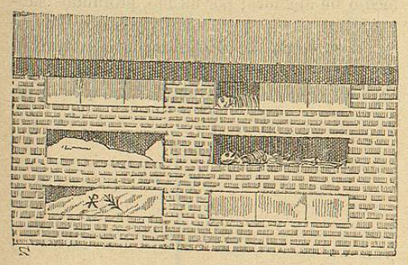
No debemos pasar en silencio otra observación importante en esta materia, cual es la de que en las antiguas *arenariæ* ó en las *latomias*, no se observan nunca formas rectilíneas ó verticales, porque no se cavaba más que en los sitios que pudieran facilitar materiales propios para ser utilizados y que produjeran alguna ganancia á los trabajadores. Notamos, además, que los espacios son abiertos con tanta amplitud cuanta convenía para que maniobraran con entera libertad las numerosas personas empleadas en estos trabajos, y que permitieran fácil paso á los animales de carga y á los carromatos que transportaban los materiales.

Las catacumbas, por el contrario, no presentan más que pasadizos rectilíneos, paredes verticales; así lo exigía el establecimiento de los *loculi*, en donde los cuerpos están completamente extendidos y no doblados sobre sí mismos; estrechos corredores, que por término medio no tienen más de ocho decímetros y medio de anchura; por último, profundos subterráneos, á veces con cuatro y cinco pisos de galerías; suma de circunstancias que revelan con toda evidencia las miras y el uso con que se cavaron estos subterráneos. Y si quiere formarse exacta idea de la diferencia de los caracteres que distinguen las catacumbas cristianas de los subterráneos abiertos para la

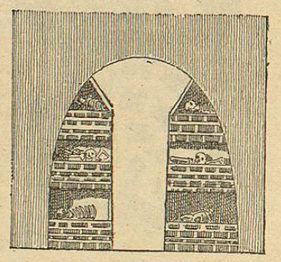


extracción de materiales, bastará visitar el cementerio de Santa Inés y comparar sus trabajos con la latomia que lo domina. El lector podrá hacer esta comparación más fácilmente todavía, examinando el grabado anterior, que representa la latomia, y el plano que reproducimos al final de este artículo, y que es el de una parte del cementerio.

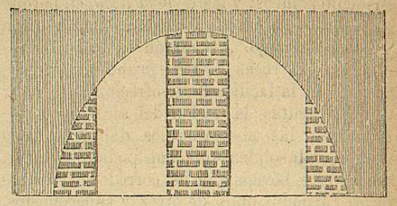
Debemos decir, sin embargo, que en los primeros siglos se hicieron algunas tentativas para convertir los arenarios en cementerios cristianos. Pero tal aplicación no podía realizarse sino mediante construcciones destinadas á corregir la irregularidad de estas canteras, á darles, en cuanto posible fuese, las formas rectilíneas de las catacumbas, y una solidez perfecta, y cuya insuficiencia no permitió nunca á este sistema desarrollarse; así, después de ensayos infructuosos no tardó en abandonarse. Sea como quiera, he aquí un ejemplo que dará al lector cabal idea de estas especies de transformaciones y de las dificultades que presentaban. Lo tomamos del apéndice de M. Michel De'Rossi al primer volumen de la *Roma subterránea* de su hermano, pág. 31. Está tomado del primer piso del cementerio de San Hermes, no lejos de la tumba de San Jacinto encontrada por el P. Marchi. El primer dibujo presenta de frente los muros de mampostería con los *loculi* practicados en su



espesor; en el segundo se ven los contrafuertes destinados á sostener la bóveda de toba lige-



ramente cimbrada; por último, esta bóveda está gradualmente dispuesta de distancia en distancia por anchos y sólidos pilares también de mampostería; esto es lo que aparece del tercer grabado. Compréndese que semejantes



trabajos son imitados, lo que da nueva prueba del origen cristiano de las catacumbas en general.

Hase preguntado quiénes fueran los ejecutores de los trabajos de las catacumbas. Esta obra eminentemente cristiana no se confió á manos mercenarias, sino que se llevó á cabo con fe y celo por piadosos cristianos llamados *fossores*, los cuales, según todas las probabilidades, pertenecían al clero. En el artículo especial, *Fossores*, se encontrarán detalles interesantes relativos á estos humildes funcionarios de la Iglesia primitiva.

IV. ¿Cómo pudieron los cristianos abrir las catacumbas en terrenos que en aquella época debían pertenecer á los paganos?—Aunque el suelo de los arrabales en que se excavaron los cementerios cristianos, fué en un principio propiedad de los gentiles, pasó sucesivamente á la de los fieles, ya porque éstos lo hubiesen adquirido por compra á metálico, ya porque sus poseedores hubieran abrazado la fe, ya, en fin, porque estos terrenos pasaron, por el derecho de sucesión, á personas convertidas, las cuales, movidas por un sentimiento de caridad y por el deseo de tener, aun después de su muerte, á los creyentes separados de los infieles, legaron sus propiedades á la Iglesia, de modo que pudo fácilmente abrir allí los subterráneos, los sepulcros y los oratorios que necesitaba.

Piadosas matronas dieron, sobre todo, ejemplo de esta generosidad, como lo prueban sus nombres, unidos en toda la antigüedad á algunos de estos cementerios. Tales son Santa Priscila, madre del senador Pudente, y la primera fundadora del vasto cementerio que, abierto en la Vía Salaria, encerró, no solamente el cuerpo de esta noble mujer, sino los de un gran número de cristianos y de mártires, Santa Lucina, Santa Justa y muchos otros cuya enumeración trae Boldetti, porque está bien demostrado que, aun en los mas aciagos tiempos, fué respetada la inviolabilidad del domicilio, principalmente cuando el nombre y el rango del poseedor podían contener á los tiranos. Así, una de las más antiguas sepulturas cristianas fué siempre inviolable, porque era propiedad de un miembro de la familia de los Flavios, *prædium Domitillæ*.

Desde el fin del siglo II, los escritores eclesiásticos empiezan á mencionar cementerios conocidos claramente como propiedad de la Iglesia. Tal era aquel cuya administración confió el Papa Ceferino á Calixto, y de quien tomó el nombre. El número de éstos aumentó mucho hasta Constantino. Pero, ¿con qué título los poseía la sociedad cristiana? Es probable que en esto fué asimilada, pública ó tácitamente, á esas numerosas sociedades funerarias, *collegia funeraticia*, que existían entre los Romanos, y que estaban protegidas por la autoridad pública. Debía bastar, para la seguridad de las tumbas subterráneas, que los cristianos estuviesen en posesión de la superficie del suelo superior.

V. ¿Qué medios empleaban los cristianos para evitar que la tierra resultante de la excavación de los subterráneos no descubriese la existencia de los cementerios?—Diremos desde luego que esta dificultad no existe en los dos primeros siglos, durante los cuales no tenían necesidad los fieles del disimulo, ni respecto á la excavación, ni, aun, respecto al decorado de sus cementerios. De completa libertad disfrutaban en este sentido: la entrada de los subterráneos era conocida de todo el mundo, y se abría á la vía pública ó en el flanco de las colinas. Desde principios del siglo III fué preciso vigilar la entrada de las catacumbas por razones que no es del caso enumerar aquí. Desde esta época es cuando la cuestión propuesta tiene su aplicación, y todavía no es posible contestarla sino por conjeturas, puesto que los documentos históricos son deficientes en este detalle, que sólo á los modernos ha preocupado. Puede suponerse que después de haber molido y reducido á polvo la toba granular, se la vendiera, menos con la idea de hacer un negocio, que con la de ocultar bajo las apariencias de un tráfico la verdadera causa de estas excavaciones; lo que era tanto mas fácil, cuanto que con frecuencia, como hemos visto arriba, los cementerios cristianos estaban cavados debajo de las latomias ó de las canteras de arena. Quizá se utilizaran estos materiales para rellenar los valles tan frecuentes en la campiña de Roma, por su propia naturaleza accidentada y gibosa, como la llama el geólogo Brocchi (*Stato fisico dell' agro Romano*, pág. 85). Tambien se ha pensado que se formarían á veces pequeñas y artificiales colinas en las que sembraran semillas de hierbas y otras plantas que con rapidez germinarían dados un suelo y un clima tan favorables.

Existe un hecho que no podemos menos de admitir como cierto: tal es el de que cuando se había sacado partido de todas las paredes de una galería para sepultar en ellas el mayor número posible de cadáveres, si la galería no ofrecía ningún otro monumento, como capillas, criptas de mártires ilustres, sitios de reunión, etc., á ellas se transportaba la tierra resultante de las excavaciones, pues que podía hacerse sin inconveniente alguno. Se comprende que de este modo quedaron ocultos considerable parte de aquellos inútiles materiales. Boldetti (*Cimit.*, pág. 6) afirma haber comprobado ese hecho por sí mismo y particularmente con motivo de excavaciones practicadas en 1716 en el cementerio de Santa Inés. Descubriéronse allí galerías llenas de tierra de arriba abajo, cuyas paredes contenían hasta doce filas de *loculi* superpuestos, perfectamente cerrados todos con tableros de mármol ó de tierra cocida, y con epitafios griegos y latinos; algunas de estas tumbas estaban adornadas con vasos de fondo decorado que representaban asuntos cristianos (véase el artículo *Fondos de copa*), pero ninguno ofrecía los objetos considerados como señales del martirio. Sin embargo, algunas galerías que contenían tumbas de mártires fueron á veces tapadas de ese modo, con objeto de sustraer esas santas reliquias del furor de los idólatras. Esto se realizó probablemente con motivo de la persecución de Diocleciano (Buon. *Prefaz.*, página 12), y también cuando la invasión de los Lombardos y de los Godos.

Todavía en nuestros días, los nuevos exploradores de las catacumbas encuentran con frecuencia galerías así obstruidas, y más de una vez el caballero De'Rossi ha tenido que deslizarse, para examinar de cerca las pinturas de las bóvedas, por las repisas producidas por los sucesivos hundimientos que estas tierras acarreadas han sufrido á través de los siglos.

VI. ¿Tuvieron siempre los primeros cristianos la propiedad exclusiva de las catacumbas?—Hemos probado antes que estos cementerios son obra de sólo los cristianos, lo cual supone ya implícitamente que ellos únicamente tuvieron allí su sepultura, y que los paganos nunca fueron admitidos. Pero como escritores de cierta autoridad han sentado lo contrario, debemos entrar aquí en algunos detalles para restablecer la verdad.

1.º Diremos desde luego que una repugnancia mutua, tan marcada entre los idólatras como entre los cristianos, se oponía á esta mezcla de sepulturas.

Nuestros padres en la fe no hacían en esto más que conformarse religiosamente con las tradiciones del Antiguo Testamento. Basta abrir los libros santos para comprender qué cuidado pusieron siempre los patriarcas en asegurarse una tumba fuera del contacto de los infieles. Sabemos que Abraham rechazó constantemente las ofertas de los Heteos, que querían regalar á Sara su mejor sepultura: *In electis sepulcris nostris sepeli mortuam tuam* (*Genes.*, XXIII, 6), « sepulta á tu difunta en nuestras escogidas sepulturas », y que tuvo que comprar un terreno particular para él y su familia. Jacob, en el momento de exhalar el último suspiro, exigió de José solemne

promesa de que no dejaría sus restos en la tierra de Egipto: *Ut auferas me de terra hac, condasque in sepulcro majorum meorum* (*Genes.*, XLVII, 30), «yo quiero que me lleves lejos de esta tierra, y que me entierres en el sepulcro de mis antepasados.» José, á su vez, pidió la misma gracia á sus hermanos, y casi en los mismos términos: *Asportate ossa mea vobiscum de loco isto* (*Genes.*, L, 24).

Las mismas causas de religión hicieron siempre una ley, entre los primeros cristianos, en esto de imitar el ejemplo de los patriarcas; y no creemos que pueda encontrarse una sola excepción á esta regla invariable en toda la historia eclesiástica. San Cipriano censura con la mayor severidad á Marcial, obispo hereje de Astura, por haber olvidado los principios cristianos hasta el extremo de sepultar sus hijos en sepulcros profanos y en medio de extraños (Cyprian. *Epist.* LXVIII). Está demostrado, por otra parte, que desde un principio se ofreció el adorable sacrificio sobre las tumbas de los mártires; luego ¿quién podría hacer á la piedad y á la delicadeza religiosa de los primeros cristianos la injuria de suponer que hubiesen jamás consentido en celebrar el más tremendo de los misterios, en orar, en cantar en lugares manchados por la presencia de los huesos de hombres profanos que, según los principios más firmes de su creencia, eran enemigos de Dios y estaban condenados al castigo eterno?

Tal es la escrupulosa prudencia que inspiró siempre á los cristianos la religión de las tumbas. Tuvieron horror de todo contacto que hubiera podido manchar á cuerpos convertidos por la participación de los sacramentos en templos del Espíritu Santo y prometidos á una gloriosa resurrección (véanse los artículos *Anatema*, n. II, y *Sepulturas*).

Los paganos no fueron menos susceptibles en este punto; pero su repugnancia reconocía por móvil el orgullo y el desprecio. ¿Quién no sabe cuán exclusivistas fueron los Romanos en particular en materia de sepulturas? Ciceron nos enseña que, en una época poco anterior á la era evangélica, fué en Roma tan rígida la religión de las tumbas, que se consideraba como un sacrilegio introducir en ella ritos extraños á los dueños de la sepultura, así como reunir en ellas personas pertenecientes á razas ó á familias distintas (*De leg.*, II, 22). La pirámide de Cayo Cestio todavía está en pie, y la torre de Cecilia Metela no ha sido destruída: estos monumentos se conservan como un doble testimonio del intolerante orgullo de aquellos señores del mundo. Estos personajes, ¿no tenían, además, sus sepulturas de familia, en las que habrían podido descansar con los suyos? Si el lugar de la sepultura de los Cestios nos es desconocido, sabemos, sin embargo, por Cicerón (*Quæst. Tusc.*, I, 7), que estaba situada en la Vía Apia, no lejos del mausoleo de Cecilia. Y, no obstante, este Cayo, obscuro miembro de una raza que, aunque plebeya, no careció de ilustración, quiso tener particular sepulcro para transmitir su nombre á la posteridad. Respecto á Cecilia, nada sabríamos de su existencia, si ella no tuviese el cuidado de decirnos en su epitafio que era hija del triunfador de los Cretenses y esposa de Craso.

Augusto ensanchó un poco el círculo del egoísmo personal, pero sin salir del egoísmo de familia; su mausoleo, en el campo de Marte, debió recibir con sus propias cenizas las de sus parientes y las de sus familiares, y aun parece que hasta Nerva no tuvieron los emperadores otra sepultura. Adriano quiso tener la suya, con objeto de conservarse él y sus parientes bajo un monumento incomparable. Las familias patricias imitaron en cuanto les fué posible esta vanidad exclusiva. Los columbarios vinieron á satisfacer á aquellos cuyos recursos no igualaban á su orgullo; mezcla de libertos, de mercaderes, de artistas, entre los cuales se deslizaba furtivamente algún esclavo que había podido reunir la cantidad necesaria para pagar los gastos de una pequeña urna y de un estrecho nicho. Y esta sepultura estaba todavía colocada bajo la protección de la fidelidad pública, de las maldiciones y de las multas.

La baja plebe era arrojada, confundida con los animales, en esos horribles *puticuli*, oprobio eterno de la civilización pagana. Por último, lo que sobresale en todo esto, es el orgullo de casta, el odio al extranjero, y el horror de su contacto y de su vecindad. Pues cuando se sabe cuanta aversión y cuanto desprecio inspiraban á los Romanos, y á los paganos en general, esos cristianos que eran confundidos con los Judíos, ya blanco de la repulsión general; cuando se reflexiona en las atroces persecuciones por medio de las cuales se manifestaba esta antipatía, ¿puede creerse que hombres tan odiados, tan perseguidos, pudieran ser admitidos á compartir las tumbas de sus tiranos y de sus amos? Luego la suposición de que las catacumbas hayan sido, en los primeros siglos del cristianismo, la sepultura común y ordinaria de todo el pueblo romano, sin distinción de cultos, es completamente inadmisible.

2.º Pero á esta prueba, llena de razón y conveniencia, podemos agregar una demostración positiva, una demostración de hecho.

La sepultura cristiana puede considerarse bajo el doble aspecto de la forma de las tumbas y del sistema general de sus necrópolis.

La forma ordinaria de la tumba cristiana es el *loculus:* una repisa horizontal excavada en las paredes naturales de las catacumbas, proporcionada, bastante espaciosa para recibir el cadáver, un poco más ancha por la parte de la cabeza, un poco menos en la parte de los pies; presentaba la forma de un extenso cuadrado, cuando en él debían ser depositados dos cuerpos, porque eran colocados en sentido inverso uno del otro. Este sistema está siempre exactamente observado, carece de excepciones (véanse los artículos *Locus* y *Loculus*). El P. Marchi afirma (pág. 58) que en todo lo que ha leído sobre esta materia (y ha leído todo lo que existe), no ha encontrado una palabra que venga á desmentir esta teoría, la cual, por lo demás, está invariablemente confirmada por su larga experiencia de las catacumbas, así como por el testimonio de los más antiguos trabajadores empleados en las excavaciones. Los cuerpos están constantemente encerrados en *una tumba nueva*, abierta *ad hoc*, según las proporciones del cadáver que en ella debía colocarse, y cerrada por una tabla de mármol ó de tierra cocida.

Esto recuerda, naturalmente, la descripción de la tumba del Salvador: «Una sepultura subterránea, nueva, abierta en la roca, cerrada por una piedra grande: *Et posuit illud* (*corpus Jesu*) *in monumento suo novo, quod exciderat in petra. Et advolvit saxum magnum ad ostium monumenti* (Matth., XXVII, 60). Es evidente que, al elegir este género de sepultura, los cristianos tuvieron la intención de imitar la de Jesucristo. A ejemplo del divino Salvador, cada cual tenía su sepulcro *nuevo*, *monumentum in quo nondum quisquam positus fuerat*, «monumento en el cual nadie había sido aún sepultado» (Luc., XXIII, 53), y el cual hasta el día de la resurrección no podía serle disputado por ninguna otra persona.

Este era el sistema con arreglo al cual los Judíos habían siempre enterrado sus muertos, y no es dudoso que lo hubieran tomado del Egipto. Pero los cristianos de Roma no tuvieron necesidad de recurrir al texto de las Sagradas Escrituras para estudiar el modelo de sus sepulturas. Sin remontarse á la tumba de Abraham y de Isaac en Ephron, tuvieron á la vista cementerios en los cuales todas aquellas antiguas tradiciones se hallaban observadas: tales fueron aquellos que se habían construído los Judíos trasladados á Roma, en número considerable, poco antes del nacimiento de Cristo y á consecuencia de las victorias de Pompeyo. Dos de estos cementerios nos son conocidos: el primero está situado no lejos del barrio que les fué concedido á la orilla derecha del Tiber, en los flancos de la colina llamada Monte Verde, la cual no es otra cosa que una prolongación del Janículo. Bosio lo descubrió en 1602, y lo representa como perfectamente conforme con las catacumbas cristianas, salvo los emblemas, que aquí, naturalmente, están tomados del Antiguo Testamento, y salvo también el miserable aspecto que se hace notar en aquéllos. El segundo, descubierto en nuestros días, se encuentra debajo de la viña Rondanini, en la Vía Apia.

Además de otras razones que demuestran de concluyente manera esta imitación, puede asegurarse con fundamento que los primeros cristianos fueron iniciados en estas ceremonias fúnebres por aquellos judíos de Roma que, en bastante número, como Aquila y Priscila, por ejemplo (*Act.*, XVIII, 2), abrazaron el cristianismo. M. el abate Greppo, en uno de sus sabios opúsculos, publicado en 1835, ha ilustrado la mayor parte de los epitafios de la catacumba judía del Monte Verde, la cual no parece haber sido explorada desde Bosio, y que el P. Marchi ha buscado inútilmente en nuestros días. Otro cementerio judío ha sido descubierto, hace pocos años, enfrente de la iglesia de San Sebastián. Se compone de dos partes: la una de origen pagano, que los Judíos se apropiaron para su uso, y la otra abierta por ellos mismos. Las dimensiones de esta última son menos vastas, y sus disposiciones menos regulares que las de las catacumbas cristianas.

Pero si natural es suponer que los cristianos de Roma dieron á su sepultura las formas de las de los Judíos, no es menos probable que unos y otros tuvieron un modelo común en las criptas sepulcrales de Palestina y de las demás naciones semíticas. Se encuentra el sistema de las sepulturas subterráneas (véase De'Rossi. *R. S.*, t. I, pág. 88) en Fenicia y en otras partes del Asia Menor, en el Quersoneso Táurico, en las principales estaciones marítimas de los Fenicios, en Cartago, en Malta, en Sicilia, Cerdeña, etc. Los Etruscos y los pueblos vecinos también lo habían adoptado. En Roma misma y en las demás ciudades del Lacio, los paganos cavaron en la piedra y en la toba cámaras rectangulares con *arcosolia* y *loculi* semejantes á los de los cristianos. Fabretti, Bartoli, Mabillón y otros, todavía citan muchos ejemplos (De'Rossi., *loc. laud.*). Conviene observar que en las naciones no cristianas no se encuentran á menudo sino cámaras aisladas, para una ó dos tumbas, ó á lo más para una sepultura de familia: la separación y el aislamiento constituyen el sistema normal de esos pueblos. Los cementerios cristianos, por el contrario, son inmensos laberintos que serpentean en las entrañas de la tierra y cuyos pasadizos, provistos de tumbas en toda su extensión, encierran y contienen, en sus infinitas ramificaciones, todas las *cellæ* sepulcrales practicadas en un área determinada. Tal es, salvo algunas excepciones sin importancia, el carácter de la sepultura de la gran familia cristiana. Esta observación, que no se había ocultado á los antiguos arqueólogos, ha sido renovada en nuestros días.

Respecto á los *loculi* en particular, aunque su forma sea á corta diferencia la misma, se distinguen, sin embargo, los de los fieles de los de los paganos por una circunstancia no menos característica. Estos últimos, por regla general, quedaban abiertos, es decir, que el cadáver no era ni encerrado, ni cercado por un muro en su nicho. Siempre se hizo lo contrario en los *loculi* de los cristianos. Y la razón de esta di-